

10:35 AM*

H Kaur



"¿Quién más queda?" el R1 pregunta con cansancio al final de la visita matutina.

?Adena?, respondo, sabiendo que no se necesita más resumen dados sus dos meses de ingreso con nosotros.

Adena. Treinta y tres años con múltiples comorbilidades. En diálisis debido a una diabetes tipo 1 compleja. Pierna izquierda amputada por una infección de tejidos profundos. Ahora a cargo nuestro por una herida desagradable en su mano, una infección persistente que requiere potentes antibióticos intravenosos. Solo podemos adivinar su estado cardíaco, demasiado frágil para un angiograma después de un infarto de miocardio reciente.

Sus notas médicas son detalladas. Pero las notas no reflejan la identidad de la paciente sonriente y con hoyuelos que tengo delante.

Adena. Madre de dos niños de 6 y 3 años.

Adena. Hija. Hermana. Esposa.

Adena. Soñadora. Optimista. Combatiente.

La encontramos sentada erguida, ávida de buenas noticias.

"¿Me van a dar de alta hoy, entonces?"

Sus hisopos más recientes han resultado negativos. Le quito su vendaje. El R1 examina el área. A estas alturas ya conocemos los signos reveladores de su satisfacción.

Ella se levanta de la cama emocionada. Está entusiasmada de llamar a su esposo para compartir las noticias, hacer los arreglos, terminar con este estancamiento en el que se encuentra y volver a su vida real. Mientras me alejo para continuar con mi día, ella me llama.

La expresión de su rostro es inconfundible: pura alegría. Me siento invadido por una mezcla familiar de melancolía y alivio, que se experimenta cuando se autoriza a los pacientes de larga estancia a regresar a casa. Debo haberlo estado mostrando, su expresión se oscurece, reflejando la mía pensativa.

"No te preocupes, no pasa nada," le aseguro. Ella asiente con la cabeza hacia mí y responde que lo sabe.

"¿Hay algo especial en estar aquí, mimetizarse con los muebles del hospital... bueno, durante dos meses de todos modos?", dice Adena. "Estoy ansiosa por volver?", continúa. "Pero no esperaba sentir tanto miedo?"

Me acerco a ella, asegurándome de mantener mi postura solícita y atenta, y dejo que mi silencio la anime a continuar.

"Lo que me preocupa", comienza, con una mirada de acero clavada en la pared de enfrente, "¿Es mi deber de cuidar de Rizqan y los niños... pero de qué les sirve una esposa y madre débil?" Me mira a los ojos, las lágrimas corren libremente por su rostro. Me siento atraído por la comodidad, contra mí mismo. Por supuesto, me enseñaron todas las técnicas de comunicación relevantes en la facultad de medicina: mostrar empatía, escuchar con eficacia, el tipo de lenguaje a utilizar. Nos entrenaron exactamente para momentos como este. En cambio, en este momento encuentro mi mente acelerada, buscando las palabras apropiadas. Los preceptos de la facultad de medicina chocan con la realidad de la residencia. ¿Ofrezco la seguridad de que todo va a funcionar según lo previsto? ¿doy consejo para planificar una eventual temprana recaída? ¿Cuánto regalo? ¿Qué debo yo decir frente a lo que ella necesita escuchar? ¿Debo dejar que los golpes caigan poco a poco o lo hagan de golpe?

Lentamente, reúno el coraje para validar sus preocupaciones y tratar de normalizarlas. Parece escéptica, pero noto un cambio en ella: confía en mí. Tal vez sea la bata blanca de médico, el sentido reconfortante del conocimiento institucional que yo represento. Incluso cuando su mente siente que las palabras no encajan del todo, su corazón lo cree. Ella junta mis manos y me recompensa con una cálida mirada.

Palmeo su mano y sonrío. El rehabilitador llega, parlotando de una manera que distrae a los residentes excesivamente atribulados. Me apresuro a preparar el informe de alta, lo firmo y sigo adelante.

Recuerdo claramente la hora: 9:46 am, había pasado media hora cuando escucho los gritos. Nos apresuramos y volvemos, sin saber qué puede estar pasando. Sin esperar lo que nos encontraremos.

asistolia

Adena. Labios azules. Cuerpo flácido.

asistolia

Adena. En el extremo del receptor de las compresiones torácicas. El equipo de código lo notificó, en su camino. Salto para ofrecer RCP voluntaria en el siguiente interruptor.

asistolia

"Su marido. Está de camino. ¡Alguien tiene que llamar a su marido!?"

La enfermera de planta cumple con el protocolo. Su teléfono suena fuerte, ya está afuera.

"¿Cuánto tiempo ha pasado?" Cuarenta minutos. Sin retorno de la circulación espontánea. Nos detenemos para evaluar la presencia de ritmo y pulso.

Su esposo se vislumbra a través de la cortina, erguido. Él está radiante, emocionado de llevarla a casa: Adena finalmente está saliendo del hospital.

Simplemente que no como la imaginábamos.

¿Cómo se comunica esta noticia? ¿Cómo se pasa del desvanecimiento de la sonrisa, la confusión en los ojos, la desesperación en la angustia? ¿Cómo se ve un día feliz transformarse en el más oscuro de todos? ¿El truncarse una vida que habían planeado, y retrasado, y retrasado?"

Estoy allí. Pies pegados. Estómago revuelto.

10:35 a.m.

(* Traducida del original en inglés, publicado en: J Grad Med Educ (2021) 13 (6): 879-880.

<https://doi.org/10.4300/JGME-D-21-00839.1>